

Whatmore, Richard, *The End of Enlightenment. Empire, Commerce, Crisis*, Londres, Allen Lane, 2023, 496 págs. ISBN: 978-0-24152-342-1.

Antonio Luis Gallardo Sánchez-Toledo<sup>1</sup>

DOI: <https://doi.org/10.5944/etfiv.37.2024.42082>

Dentro de las importantes convulsiones ideológicas y políticas de finales del siglo XVIII y arranque del XIX, Gran Bretaña no solo consiguió superarlas, sino que emergió como una mayor potencia militar, comercial, industrial e incluso política, definida con un modelo de gobierno mixto en el que el poder del parlamento, aunque detentado solo por una minoría, se imponía de forma definitiva al del monarca. Pero frente a este desenlace, toda una serie de importantes intelectuales vieron en ese momento a su país abocado al colapso, la revolución e incluso a la ruina, tal y como nos muestra Richard Whatmore en *The End of Enlightenment. Empire, Commerce, Crisis*. La obra del profesor de la Universidad de St. Andrews no se centra, por tanto, en este desenlace triunfal o como fue la transición política y económica de Gran Bretaña en el final de la Edad Moderna, sino como ocho ilustrados de ideas diversas, incluso en algunos aspectos diametralmente opuestas, que apostaron por la construcción de una sociedad y una realidad política y económica más justa, vieron como esos anhelos se esfumaban. El filósofo David Hume, el político William Cavendish (duque de Shelburne), la historiadora Catharine Macaulay, el historiador Edward Gibbon, el filósofo y político Edmund Burke, el político Jacques-Pierre Brissot (único pensador no británico del libro), el político radical Thomas Paine y la escritora Mary Wollstonecraft, defendían que la época de la Ilustración finalizaba porque sus objetivos de una sociedad marcada por la paz, prosperidad o tolerancia saltaban por los aires. Detrás de esta idea de fracaso están los tres términos que refleja el título de la obra: un imperio que se construía sobre el lujo y el vicio, un comercio que era el principal motor de esta sociedad corrupta y como todo esto convergía en una crisis, entendida tanto desde su vertiente política como social. Las ideas de esta serie de intelectuales es el corazón de la obra, ocho capítulos, uno por cada uno de ellos, a los que les rodea un primer apartado que sirve de introducción y otro final como epílogo.

Nos encontramos por tanto con una obra de historia intelectual en la que el autor deja muy clara su intencionalidad y las fuentes de las que se sustenta, no solo en sus agradecimientos a J.G.A. Pocock, que falleció un mes después de la publicación del libro y que leyó sus primeras versiones, también a Quentin Skinner o István Hont, cuyos trabajos sobre la relevancia de la sociedad comercial para la política moderna son fundamentales para entender el contexto en el que operaron los ocho protagonistas de este libro. De hecho, en su primer capítulo introductorio nos desgrana

---

1. Universidad Nacional de Educación a Distancia; [agallardo59@alumno.uned.es](mailto:agallardo59@alumno.uned.es)  
ORCID: <https://orcid.org/0009-0000-3696-4774>

dos argumentos clave, de clara influencia de Pocock y que están muy presente en algunas de sus obras como *Virtue, Commerce and History* o los seis volúmenes de *Barbarism and Religion*. El primero es como la Ilustración tenía un objetivo común, desterrar la intolerancia y el fanatismo que tuvo como principal reflejo en los siglos anteriores en los distintos conflictos religiosos. En segundo lugar, la existencia de formas diversas con las que defender estos principios, es decir, diferentes ilustraciones. Estos dos pilares son los que permiten la interacción posterior con las ocho figuras analizadas y sus ideas. Igualmente, el autor nos pide que no veamos la Ilustración con una mirada actual, sino que lo hagamos desde la perspectiva de los pensadores del siglo XVIII, que analicemos sus textos así como las cuestiones muy diversas que plantearon y la pluralidad de pensamientos y respuestas que generaron dentro del contexto en el que fueron creados.

A partir de esta introducción desarrolla los mencionados capítulos dedicados a cada autor y su obra, empezando con David Hume, el más idealista, incluso utópico, en sus planteamientos iniciales sobre los efectos beneficiosos de la Ilustración y el fin del fanatismo desde una perspectiva conservadora y acabando con Mary Wollstonecraft, sobre la que considera sus planteamientos como los más radicales de este grupo de ocho al esbozar su idea de libertad e igualdad en términos de género. Los títulos de estos ocho capítulos tienen un leitmotiv común y es unir al autor y un aspecto clave de su pensamiento por el que creían que la Ilustración finalizaba y el sistema político y social, no solo británico, en muchos casos de forma global, entraba en crisis: Mundo, Gran Bretaña, libertad, repúblicas, Europa, imperio, revolución e igualdad. Estos capítulos no deben considerarse como compartimentos estancos, lo contrario, continuamente confronta las distintas concepciones de su protagonista con la de otros pensadores. Una de las mayores dificultades del libro está precisamente en este cruce de ideas que se va haciendo más complejo a medida que el libro va avanzando y entran en diálogo más protagonistas. El resultado en ocasiones es denso, al condensar muchas y variadas reflexiones en pocas páginas, lo que invita no solo a una lectura pausada sino a tomarla como un primer paso si se quiere profundizar en la complejidad del momento. Igualmente, dificulta, pero también enriquece su lectura, que tampoco muestra las ideas de cada uno como algo estático. Otro de sus puntos destacados está precisamente en cómo van modulando sus razonamientos con el paso del tiempo, acomodándose a nuevos acontecimientos e ideas, fruto de una búsqueda continua de soluciones. Aunque vieran con pesimismo el futuro, no cesaron en el empeño de rastrear formas con las que construir un marco social mejor, ya fuera desde el conservadurismo o desde planteamientos más liberales.

La convulsa cronología en la que se enmarca la obra es también fundamental. Ésta no es cerrada, ya que está definida por la propia vida de los autores y por tanto diverge, pero se encuadra fundamentalmente desde la Guerra de los Siete Años hasta la Revolución Francesa, siendo algunos solo testigos de su arranque como Jacques-Pierre Brissot, víctima del terror jacobino, a otros que incluso fueron contemporáneos de la llegada al poder de Napoleón y sus primeras victorias, como Thomas Paine. Entre medias de esta época están el final del predominio whig tras décadas de poder de forma casi continuada, la convulsión que supuso la pérdida

de las Colonias Norteamericanas y la Paz de París, pero también el crecimiento desorbitado del endeudamiento público y la imagen de corrupción política alrededor de un rey, Jorge III, al que a sus problemas de salud se unían críticas de complicidad con este sistema decadente. Todo ello se manifiesta en los trabajos de este grupo de ocho, a veces de forma convulsa o pasional, una visión emocional y entusiasta que Richard Whatmore tiene la virtud de saber trasladar a su libro. La más importante excepción a esta cronología es David Hume, fallecido en 1776 pocos meses después de la Declaración de Independencia de Estados Unidos, pero es precisamente el filósofo escocés el que sirve en muchas ocasiones de nexo en la continua confrontación conceptual que propone el autor.

La obra permite también realizar dos juegos principalmente. Por un lado, contrastar las diferencias, el más sencillo y explícito. Por ejemplo, David Hume culpaba de la crisis social, política y económica del tramo final de su vida a los whigs, mientras que el duque de Shelburne, miembro de este partido aunque de un ala moderada, con el que llegó a ocupar brevemente el cargo de primer Ministro entre 1782 y 1783, ponía el énfasis en el comportamiento arbitrario de Jorge III. Pero ambos coincidían en criticar la corrupción política y económica, como el fanatismo religioso había sido sustituido por el político y las guerras continuaban ahora por motivos comerciales. Este es el otro juego que el autor insinúa continuamente durante la obra y de mayor riqueza: ver como desde muy distintos planteamientos todos convergían hacia la crítica del presente y de las perspectivas de futuro.

Pero más allá de sus planteamientos ideológicos, muestra también como estos hombres y mujeres estaban preocupados por buscar soluciones a los problemas, y que con este objetivo indagaron en el pasado constantemente buscando respuestas. Un claro ejemplo están los trabajos de la historiadora Catharine Macaulay, que en su obra más importante, *The History of England from the Accession of James I*, consideraba la revolución inglesa de 1642 y la Commonwealth, especialmente la época del Parlamento Largo, como el momento más virtuoso de la historia reciente de Inglaterra. En contraposición, opinaba que la Revolución Gloriosa de 1688 y la llegada de los Hannover supuso una pérdida de libertad. Macaulay no se queda en una historia descriptiva sino que refleja como constantemente contraponen el presente con un pasado, muchas veces idealizado, y sus valores perdidos. La introducción temprana de esta autora en los primeros capítulos del libro es importante y no casual, no solo porque fue un importante contrapunto a las ideas conservadoras como las de Edmund Burke, sino que con ello nos sumerge en otro de los debates claros del libro: el republicanismo. Lo interesante de la articulación de las ideas republicanas en ese momento es como las sitúa principalmente entre dos modelos que se sucedieron en ese lapso como son la independencia de las Trece Colonias y la Revolución Francesa, generando percepciones y sentimientos contradictorios, incluso en un mismo intelectual. Así, por ejemplo, la idealización de la Commonwealth de Catharine Macaulay chocó con el fanatismo de los puritanos y el régimen autoritario en el que acabó el gobierno de Cromwell, algo que ella misma era consciente. Por eso, buscar otros referentes era muy importante. Edward Gibbon los encontró, por ejemplo, en Suiza. El historiador británico pasó parte de su vida en Lausana y admiró el republicanismo, un tanto conservador, que regía en

los cantones. Pero el principal referente fueron los nuevos Estados Unidos, donde hallaron un republicanismo más moral, menos urbano y que huía del lujo, con una visión que de nuevo se mostró muy pronto que estaba excesivamente idealizada. Hasta el propio Edmund Burke argumentaba que la Revolución Americana defendía el orden social y la religión, algo que sí rompía la Revolución Francesa. La realidad es que los acontecimientos en Francia liquidaron muchas de las ilusiones republicanas: la guillotina acabó con Jacques-Pierre Brissot, la libertad de los cantones suizos de Edward Gibbon fue sojuzgada por la Francia republicana, Mary Wollstonecraft redujo su entusiasmo con la llegada al poder de los jacobinos y hasta Thomas Paine acabó siendo marginado dentro de su propia nación de adopción, Estados Unidos, por su «republicanismo furioso y arrogante». Para muchos de ellos, las revoluciones que nacieron para restaurar la libertad acabaron siendo una fuente de intolerancia y terror. La última oportunidad de la Ilustración se esfumaba.

Este antagonismo final con la Revolución Francesa explica parcialmente por qué no se cumplieron los augurios de tantos intelectuales sobre el colapso de Gran Bretaña. La respuesta del autor es sencilla: ganaron. El sistema mercantil corrupto sostuvo el imperio produciendo lo que denomina Richard Whatmore como el mayor shock del final de la Ilustración: la supervivencia de Gran Bretaña. Ésta, como nación victoriosa, impuso su sistema imperial durante otro siglo y medio, propagó su modelo cultural y con ello la «libertad imperfecta» como definió James Mackintosh a su sistema social y político.

En definitiva, el autor presenta una Ilustración que no solo operó en un contexto de la economía política, de la separación entre razón y fe o el derecho natural, también fue un proceso que tiene lugar entre la Filosofía y la Historia, en la que hombres y mujeres redoblaron sus esfuerzos para desarrollar estrategias que acabaran con el fanatismo, las guerras y la intolerancia, pero que chocaron con una nueva realidad en la que las nuevas ideas económicas o políticas eran fuente de nuevos conflictos. Cambiaron los motivos, pero no lograron el cambio social y político que buscaban. Pero en este proceso realizaron todo un ejercicio intelectual, vital en muchos casos, dejando algunas lecciones que se pueden perfectamente extrapolar al presente.